

JORDI PALAFOX

CUATRO VIENTOS
EN CONTRA

El porvenir económico de España

Prólogo de
JOSEP FONTANA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
El mundo ha cambiado y no hay retorno al pasado	15
Objetivos y estructura	19
Origen del proyecto y agradecimientos	26
1. LA ECONOMÍA GLOBAL Y ESPAÑA:	
UNA RELACIÓN TORMENTOSA	31
Los motores de la globalización.....	36
...y los límites de la Trumpeconomía	41
Comercio y movimientos de capital:	
una nueva realidad	44
La inversión viaja a Asia	46
La amenaza del estancamiento secular	48
España: cuatro vientos en contra	52
2. CHINA, FÁBRICA DEL MUNDO	59
China: el Dragón ha despertado	62
Una potencia industrial lejos del todo a cien	67
Un agujero negro de la industria occidental	71
<i>America First</i> no ha surgido de la nada	73
El inexorable ocaso industrial de Occidente.....	76
3. EMPRESAS MULTINACIONALES: NUEVOS	
LÍDERES MUNDIALES.	83
Enormes cambios en los últimos decenios	84

El comercio mundial ya no es lo que era	87
«Made in the World»: las cadenas de valor globales	89
Las multinacionales y los impuestos	96
La magnitud de la riqueza escondida	99
Exportaciones españolas: ¿Made in Spain?	102
4. ESPAÑA: DE LA QUIMERA A LA PESADILLA	107
La España que se creía rica	109
El amargo despertar	111
La Unión Europea al rescate	114
Una descomunal burbuja inmobiliaria	116
Una pasividad suicida	119
Los resultados de una gestión descabellada	121
La crisis y el enigma de la baja productividad española	128
5. ESPAÑA: EMPLEO, SALARIOS Y EL MERCADO GLOBAL	133
España, fábrica de parados	137
La reducción de los salarios	141
Tecnología, mercado global y el empleo	145
Empleo y salarios durante las revoluciones industriales: algunas enseñanzas	150
6. LA DESIGUALDAD HA VENIDO PARA QUEDARSE	155
Las mil caras de la desigualdad	158
España: desigualdad y el declive de la clase media	162
Clases medias: del ocaso de unas al ascenso de otras	165
El futuro y la desigualdad	172
7. LA MEJORA DEL CAPITAL HUMANO: UNA SOLUCIÓN CONVERTIDA EN MANTRA	177
El empleo futuro: ¿compitiendo contra las máquinas?	178
Capital humano y sistema educativo	184
Formar más años o formar mejor	189

¿Hay cualificación sin aprendizaje?	193
Empresarios: el otro capital humano	195
8. INSTITUCIONES: UNAS REGLAS	
DE JUEGO OBSOLETAS	201
Instituciones supranacionales:	
¿un internacionalismo utópico?	206
Economía global o Estado nacional:	
un falso dilema	210
España: la ineficiencia interesada	
y la destrucción de la confianza	217
9. EL FUTURO ES HOY	223
La productividad lo es casi todo	227
El futuro del empleo, la desigualdad	
y la pobreza	230
Un gobierno nacional frente a retos globales	234
El difícil porvenir económico	238
<i>Notas</i>	247
<i>Bibliografía</i>	277
<i>Índice alfabético</i>	293
<i>Índice de gráficos</i>	307

PASADO & PRESENTE

PRÓLOGO

Jordi Palafox es un economista moderadamente optimista, que rechaza someterse resignadamente al pesimismo reinante en estas décadas iniciales del siglo XXI en que domina la idea de que nos encontramos al comienzo de una larga etapa de crecimiento estancado y limitado aumento de la productividad. Unos rasgos que definen lo que Paul Krugman llama la «gran capitulación»: la aceptación de que «la debilidad actual es la nueva normalidad». Un mundo donde los optimistas, como Branko Milanovic, anticipan que vamos a seguir por el estilo en los próximos veinte años, esperando la llegada de la milagrosa «segunda onda de Kuznets» que ha de redimirnos, mientras los pesimistas, como R. J. Gordon, sostienen que, por más que hagamos, por más que tratemos de frenar los «vientos en contra», las cosas no mejorarán sensiblemente, puesto que «las fuentes del lento crecimiento de la productividad, el aumento de la desigualdad y la disminución de las horas de trabajo por persona residen en causas fundamentales que serían difíciles de compensar».

A Palafox le preocupa ante todo la forma en que España puede adaptarse a esta realidad, decidiendo si opta por situarse entre los países «que compiten en base al bajo coste de su mano de obra, o entre aquellos en donde tareas no replicables con facilidad tienen un mayor peso y la productividad es más elevada».

Para ello comienza analizando los grandes cambios que han determinado la nueva faz de la economía mundial, a la cual es necesario adaptarse si se aspira a sobrevivir. El primero es el extraordinario crecimiento de las economías asiáticas, en especial de la de China, que ha transformado los flujos del comercio internacional y de la inversión exterior. Cabría añadir aquí la trascendencia que puede tener en un futuro inmediato el abandono por parte de la nueva administración norteamericana del proyecto del TPP (Trans-Pacific Partnership) que Barack Obama concebía como un instrumento para aislar a China—«Con este acuerdo somos nosotros, y no países como China quienes estamos escribiendo las reglas de la economía glo-

bal»—, lo que podría dejar un vacío que favorezca precisamente la expansión de la economía china.

Yo sería, sin embargo, más prudente que Palafox en cuanto a atribuir las ventajas de la economía de China a una histórica moderación salarial y la ausencia de sindicatos, en momentos en que los salarios de las viejas potencias industriales están estancados o a la baja, y en que los sindicatos han sido debilitados con reformas laborales, hasta el punto que en los Estados Unidos la afiliación sindical en las empresas privadas ha caído hasta el 6,7%, la cifra más baja desde que existen registros de afiliación. Pero ese es un tema que nos apartaría del discurso planteado en este libro.

El auge de la economía china, con el retroceso paralelo de las economías industriales tradicionales, había tenido hasta ahora respuestas muy limitadas por parte de la Unión Europea y de los Estados Unidos, hasta que ha llegado la súbita explosión del «America first» y de la amenaza por Trump de un retorno al proteccionismo.

Aunque lo que vaya a realizar efectivamente el nuevo gobierno norteamericano ofrezca todavía muchas dudas, sería bueno no dejarse engañar por la repetición interesada de las imágenes de protesta urbana que sugieren una oposición ciudadana que podría bloquear su actuación, porque parece claro que la masa de quienes votaron a Trump para que cambiase el rumbo de la política económica norteamericana siguen dándole pleno apoyo, y que disponen de los instrumentos de poder necesarios para realizar sus proyectos.

El segundo gran cambio que Palafox identifica entre los que han configurado la nueva faz de la economía mundial está relacionado con el auge de las empresas transnacionales, que no solo han deslocalizado y fragmentado la producción industrial, sino que han conducido a un enorme aumento de los intercambios de servicios hasta configurar un mapa muy distinto del comercio mundial, que hay que interpretar con conceptos nuevos, como el de las cadenas de valor globales.

El problema inmediato a que habrán de enfrentarse las empresas industriales de este tipo con sede en Estados Unidos, que son las más importantes, es el de los efectos que puede tener sobre su actividad la política «proteccionista» del nuevo gobierno, donde los intereses que están mayormente representados son los de la banca y la economía extractiva (petróleo, carbón), dirigida sobre todo al mercado interior, y no los de actividades destinadas a un mercado global (como Apple, Google, etc.), lo que se ha reflejado ya en la protesta de las «industrias de Silicon Valley» contra las restricciones a la inmigración.

Es imposible saber cómo se combinarán los efectos de este choque entre intereses contrapuestos, combinados con los de la desregulación que se anun-

cia en el propósito de revisar la Dodd-Frank Act con que Obama trató de evitar que se repitieran los excesos que condujeron a la crisis de 2008. Pero parece claro que hasta el momento lo que se ha producido es un triunfo de Wall Street, que Trump ha racionalizado diciendo que de lo que se trata es de facilitar que los bancos puedan hacer más préstamos a las compañías con el fin de que estas puedan contratar más trabajadores.

A este panorama global —cambiado y cambiante— le sigue en el libro de Palafox el análisis de la realidad actual de la economía española, que parte de los errores cometidos desde los últimos años del siglo XX, cuando se produjo una etapa de euforia irresponsable en que, por un breve período, vivimos, nos dice, «el sueño de formar parte de las primeras economías del continente». Una época en que familias y empresas, estimuladas por las autoridades y por el acceso a un crédito fácil que concedían sobre todo las cajas de ahorros se endeudaron alegremente en inversiones inmobiliarias que acabaron generando «una burbuja especulativa de proporciones descomunales». Un sueño que nos impidió adaptarnos a tiempo para prevenir una crisis que se iba a llevar por delante imperios inmobiliarios, y con ellos millones de puestos de trabajo.

Habiendo vivido en Valencia, y en una situación que le permitió conocer de cerca cómo funcionaban determinadas instituciones, le ha costado menos que al ciudadano común entender cuáles fueron las causas de la crisis que llevó a España «de la quimera a la pesadilla», y valorar los dislates políticos que la agravaron, explicados de manera clara y comprensible, en un excelente análisis de «los resultados de una gestión descabellada» que nos lleva hasta el desconcierto actual.

Pero esta explicación en términos de lo sucedido en unas décadas de desconcierto, añade Palafox, no basta para entender por qué las consecuencias de la crisis fueron aquí muy superiores «a las experimentadas por otras economías». Es necesario explicar, además, el persistente «enigma de la baja productividad española», que se ha transmitido de los tiempos del boom inmobiliarios a un presente en que la situación de España en términos de insuficiencia del empleo la separan netamente de las restantes economías de la OCDE.

Los capítulos dedicados a examinar la evolución y la situación actual del empleo y de los salarios en España, al análisis de la desigualdad o de los problemas de formación de capital humano, condición necesaria para la creación de empleo cualificado, como consecuencia de las insuficiencias de nuestro sistema educativo, serán sin duda los que más interesen al lector medio a quien va destinado fundamentalmente este libro, que trata de hablarle

en un lenguaje llano y comprensible de problemas que tienen una implicación fundamental para su propia vida, rehuyendo la jerga especializada en que se suelen analizar estas cuestiones.

A lo que hay que agregar la consideración de nuestro marco institucional, caracterizado en los últimos tiempos por el inmovilismo y por la incapacidad de resolver el problema de una corrupción que puede conducir a la pérdida total de la confianza en los políticos. Unas deficiencias que dificultan la búsqueda de soluciones que permitan a la economía española integrarse adecuadamente en el nuevo marco global para resolver el problema fundamental del futuro, que es el de decidir «en qué grupo de países va a estar finalmente España tras experimentar la recesión más grave de su historia contemporánea; si entre los que compiten en base al bajo coste de su mano de obra, o entre aquellos en donde tareas no replicables con facilidad tienen un mayor peso y la productividad es más elevada». O, dicho en otros términos: «Recuperar el tiempo perdido en lo que llevamos de siglo XXI y hacer de la nueva centuria la de la incorporación definitiva al reducido grupo de países avanzados».

La necesidad de hacer un análisis objetivo de la situación actual de la economía española, partiendo de la denuncia de los errores que nos han llevado a este punto, dan a este libro el grado necesario de «pesimismo de la inteligencia», para decirlo en los términos que empleaba Gramsci, equilibrado por un optimismo que nace de la confianza en que los españoles serán capaces de emprender el camino que conduzca a superar los errores del pasado y las dificultades del presente.

Este es, además, un libro que no cae en la tentación de contarnos verdades que hay que aceptar, como suelen hacer los políticos, sino que nos informa con la mayor objetividad posible y nos invita a reflexionar por nuestra cuenta acerca de cuestiones que pueden ser determinantes para nuestro futuro inmediato.

JOSEP FONTANA

Barcelona, 11 de febrero de 2017

INTRODUCCIÓN

Todos vivimos en el día a día [...] insistiendo y reconociendo que los hechos están cambiando como la luz con la que los estamos viendo y como nuestra motivación para mirar.

ROBERT RAUSCHENBERG,
sobre *Ten Yard Sale*, 1999.

Este es un libro sobre las dificultades a las que se enfrenta España para mantener el nivel de vida alcanzado por sus habitantes ante los desafíos derivados de la consolidación de una nueva organización de la economía mundial. O dicho con mayor crudeza: sobre los problemas que afronta para evitar adentrarse por una senda en la cual, de seguir todo igual, será una utopía mantener el grado de bienestar actual, ante su lenta pero inexorable incorporación al grupo de países cuya actividad se basa en salarios bajos. Superada la fase más aguda de la crisis, para muchos este escenario puede ser considerado exagerado. No es así, como se intenta demostrar a lo largo del texto. Baste ahora una constatación: hoy ser *mi-leurista*, percibir un salario mensual en torno a los mil euros, es una aspiración fuera ya del alcance de millones de españoles. No hace demasiados años, cuando el término fue acuñado a finales del siglo xx, definía a los situados en el extremo inferior de la escala salarial. Han transcurrido dos décadas y hoy ni las previsiones más optimistas contemplan la posibilidad de volver a aquella situación en el medio plazo.

En muchas ocasiones esas dificultades se atribuyen a la política económica del gobierno conservador surgido de las elecciones generales de 2011 presidido por Mariano Rajoy. En otras, se busca su origen en la gestión de la burbuja especulativa realizada por los gobiernos anteriores,

aquella fiesta de la especulación que invadió el país desde finales de siglo hasta 2008. Y sin duda, como se describe más adelante, algunas de las principales medidas adoptadas entre 2011 y 2015 han tenido efectos negativos sobre el nivel de ingresos de gran parte de la población. Como la ha tenido la complacencia de los gobiernos de Rodríguez Zapatero ante el aumento del peso del sector inmobiliario en el PIB hasta triplicar la media de la UE o sus ocurrencias para consolidar gasto público ampliando prestaciones públicas con independencia del nivel de renta.

Pero siendo cierto lo anterior, no hay que engañarse. Los retos a los que España se enfrenta en el terreno de la economía, son resultado de la pasiva adaptación colectiva a la nueva realidad mundial. Un ajuste insuficiente y plagado de carencias, consecuencia, sin duda, de la actuación de sus gobiernos pero también de las pautas de comportamiento seguidas por gran parte de sus ciudadanos. La capacidad de los gobernantes para determinar la situación económica, y más la de un país secundario en el panorama internacional, es modesta. Mucho menor de la que estos pretenden cuando la coyuntura es favorable, aunque mayor que cuando, en medio de una recesión, intentan atribuir los problemas a factores ajenos a su competencia. Como le gustaba repetir a Charles Kindleberger, asimilando al gobierno con un jinete, este puede evitar que el caballo abreve, pero no puede conseguir que lo haga si no tiene sed. El gobierno nipón lo sabe bien. Lleva décadas intentando estimular el consumo interno sin éxito.

La economía del mundo actual es muy distinta a como lo era hace solo unas pocas décadas y ello tiene implicaciones muy directas sobre el nivel de vida de los españoles. Es tan diferente como nuestra actividad cotidiana, cuyos cambios bien perceptibles pueden servir para ilustrar la profundidad de la transformación. Las formas de comunicación, los hábitos de consumo y un sinnúmero de actividades tienen escaso parecido con las previas al cambio de siglo. Nadie imaginó la difusión alcanzada hoy por Twitter, Facebook, Instagram, WhatsApp, Skype, Spotify, Airbnb, Uber o tantas otras opciones a nuestra disposición.

Esa ola de transformaciones ha llevado al surgimiento de algunas de las mayores y más conocidas empresas. Amazon, por ejemplo, surgió en 1994, Google en 1998, Facebook en 2004, Airbnb en 2008 y Uber en 2009. También es muy reciente la irrupción de empresas originarias de Asia (exceptuando Japón). Antes de 1995 LG, Lenovo, Huawei, Alibaba y muchas como ellas o no existían o carecían de presencia internacional. Hoy están entre las primeras en sus sectores de

actividad. Algunas más recientes todavía como Oppo o Vivo, que en 2015 ocuparon el cuarto y quinto puesto entre los fabricantes mundiales de Smartphone, compiten por sumarse a la lista. Al mismo tiempo, otras, que parecían eternas, han desaparecido.

Nadie negará la modificación de nuestra vida diaria inducida por estas posibilidades. La duda es si se perciben como lo que son: la punta del gigantesco iceberg de una progresión geométrica de cambios en las empresas, esto es en la economía, con repercusiones muy importantes en la posición competitiva de los países y por tanto en el nivel de vida de sus habitantes. Sus motores son, como se comprobará, diversos, pero entre ellos sobresale la ola de innovaciones articuladas a través de las actuales tecnologías de uso general (TUG).

Son esas innovaciones englobadas bajo el paraguas de tecnologías de la información y la comunicación (TIC), (internet, digitalización, automatización...), con aplicación en multitud de campos diferentes, desde el ocio a las operaciones financieras pasando por la robotización y el control remoto de la producción o de la logística del transporte de mercancías de una punta a otra del planeta. Estas innovaciones están presentes en la economía española. Pero con una densidad modesta. No por ello, sin embargo, la deja al margen de la competencia de aquellas que se han transformado por su difusión.

EL MUNDO HA CAMBIADO Y NO HAY RETORNO AL PASADO

La transformación económica es de tal fuerza que explicar su magnitud constituye un reto en sí mismo. Por ejemplo, la velocidad con la que aparecen nuevos bienes y servicios dificulta cuantificar su relevancia, algo imprescindible para superar el terreno de la opinión y calibrar su trascendencia. El problema afecta tanto a la cuantificación del PIB, y por tanto a la de su crecimiento, como a la de la productividad, las exportaciones y muchas otras magnitudes fundamentales en economía. También desdibujan la tradicional separación entre industria y servicios, haciendo en muchos casos imposible distribuir el empleo o el producto entre ellos. Aunque parecen problemas exclusivamente técnicos, tienen una gran importancia porque, como afirmara Schumpeter, y han reiterado tras él una pléyade de grandes economistas, «necesitamos la estadística no solo

para explicar las cosas, sino también para saber con precisión qué es lo que hay que explicar». ¹ En demasiadas ocasiones la percepción de la realidad está muy alejada de lo que la información cuantitativa demuestra.

Como se acaba de indicar, la mutación en marcha no solo modifica, y va a seguir modificando, nuestra actividad diaria sino también la de las empresas y con ella la posición competitiva de cada país. De ella depende, en gran medida, el nivel de vida de sus habitantes. Es lo sucedido ya en dos ocasiones en los tres últimos siglos con procesos de transformación de extensión y profundidad similares. Así ocurrió con la Revolución Industrial en Gran Bretaña finales del siglo XVIII cuando la difusión de la fábrica y la máquina de vapor consolidaron una nueva organización de la actividad económica y con ella de la sociedad, dando paso al crecimiento sostenido de los países hoy más ricos y, con él, a la Gran Divergencia entre Europa y Asia. ²

Y algo parecido volvió a suceder entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, cuando la electricidad, el telégrafo y las cadenas de montaje provocaron cambios espectaculares en las formas de producir y comerciar. ³ Fue en aquellos decenios cuando se inició la traslación de la hegemonía económica desde Gran Bretaña a Estados Unidos, consolidada tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy probablemente estamos asistiendo a un fenómeno similar entre Estados Unidos y República Popular China. Pero, como habrá ocasión de comprobar, con algunos rasgos diferenciales, ninguno de ellos favorable a las que han sido, y son, las sociedades más avanzadas del planeta. Sería una ingenuidad esperar, por tanto, una transición apacible sin enfrentamientos económicos y geopolíticos de importancia. Nunca lo ha sido en el pasado.

Sobre lo que interesa llamar la atención es que, como está sucediendo hoy, en aquellos dos períodos históricos, la posición relativa de todas las economías, y no solo de las líderes, quedó modificada. Mientras unas se adaptaban a los cambios y progresaban, otras no lo hicieron. Por ello su crecimiento fue mucho menor y aumentaron su nivel de atraso. Unas pocas, incluso, entraron en declive. La economía no exige que la mejora de unos países se tenga que realizar a costa de otros. La supremacía de Estados Unidos frente a Gran Bretaña, por ejemplo, no supuso el empeoramiento de la renta por habitante ni en esta ni en los restantes países que se industrializaron.

Pero siendo cierto lo anterior, también lo es que la decadencia de las naciones incapaces de adaptarse a estos grandes procesos de transformación no es una mera posibilidad teórica. Argentina a fines del si-

glo XIX es una prueba. Grecia a fines del XX, probablemente, otra. Ignorar las implicaciones para España de la revolución iniciada hace unas décadas en las formas de producir y comerciar, puede tener consecuencias muy negativas sobre el nivel de vida durante un período prolongado. No es otra cosa lo que está en juego. Los retos para evitar consolidarse como una economía cuya competitividad esté basada en bajos salarios tienen un origen múltiple. Mantener, y mucho más mejorar, la posición actual y con ello el bienestar de sus ciudadanos en el nuevo contexto mundial exigirá un esfuerzo colectivo ingente en muy diferentes dimensiones. En estas páginas, la atención se concentra en los retos originados por una combinación de problemas en dos de ellas que puede acabar siendo letal: la formada por la nueva organización de la economía que ha dado lugar a un mercado único global y la más que insuficiente adaptación de España a la misma.

Partir de esa nueva realidad supone referirse al proceso de globalización, que algunos apresuradamente dan por enterrado de la mano de Donald Trump. Es, sin duda, una posibilidad. No faltan ejemplos en la historia de reversión de los logros alcanzados. Para Europa en su conjunto, el período entre las dos guerras mundiales fue uno de ellos. Pero, como se relata con algo más de detalle en el próximo capítulo, es una probabilidad remota, aunque los titulares de prensa inducidos por las formas de gobernar del nuevo presidente estadounidense o los enfrentamientos con otros países, induzcan a pensar lo contrario casi a diario. Que Estados Unidos retorne a su tradición proteccionista, una probabilidad por confirmar, no supone volver a la situación anterior a la inédita estructura consolidada en la economía mundial. Sería, pues, practicar la política del avestruz si ante sus repercusiones se pretendiera eludir el debate sobre sus desafíos dándola por finalizada.

En este nuevo entorno, ya se ha avanzado, el porvenir económico de España se presenta plagado de dificultades. Por muchas razones. Una de las más importantes está provocada por la consolidación de un mercado mundial polarizado en torno a sus dos extremos. De un lado, el formado por los países más avanzados, en donde se generan las nuevas tecnologías definidas en un sentido amplio. De otro, el integrado por aquellas economías con niveles de vida mucho menores pero con una mano de obra con preparación suficiente para producir o ensamblar a un coste inferior la inmensa mayoría de los bienes y servicios conocidos.

Con ello, el futuro de los países intermedios se ve amenazado por la competencia desde ambos polos. El primero tiene mucha más pro-

ductividad y todas las ventajas para idear, proyectar y desarrollar bienes y servicios de alto valor añadido. El segundo, un coste inferior a la hora de ensamblar esos bienes. El resultado es la reducción del espacio en donde una economía con clara preponderancia de empleos de baja cualificación tiene ventajas (las ventajas comparativas de los economistas). El descenso del coste de transporte y las nuevas formas de producir permiten a cientos de millones de trabajadores en Asia competir en las mismas actividades en que lo hacen quienes trabajan aquí. Sin nicho propio en el mercado global más allá de las actividades no deslocalizables, como la tienda o el bar de la esquina, es difícil augurar un futuro brillante.

La combinación entre la nueva realidad global y las carencias fundamentales de la economía española viene generando desde hace años, al menos cuatro vientos en contra del progreso de la mayoría de su población. Son, de un lado, la competitividad de la República Popular China, primera potencia mundial del siglo XXI, y la consolidación de ese mercado global asentado en la producción segmentada de la mano de las multinacionales. A los cuales se suman otros dos de índole interna: las insuficiencias de formación de la población activa española para enfrentarse a la nueva situación y el conjunto de instituciones económicas entendidas como reglas del juego que lastran la eficiencia y el aumento de los empleos de alto valor añadido. La descripción de estos vientos se realiza en el capítulo primero y sobre ellos, y sus consecuencias, está articulado este libro.

La asimilación entre las principales dificultades de España y los vientos de proa se toma del sugestivo libro de Robert Gordon⁴ aun cuando aquí se ha optado por una selección diferente. No porque los analizados por él (mayor desigualdad, deficiencias del sistema educativo, envejecimiento de la población y aumento del endeudamiento público) no sean aplicables a su economía, sino porque su libro está centrado de forma exclusiva en Estados Unidos, y este en el impacto de la nueva situación global en la economía española, muy alejada de su eficiencia.

Aun así, como también se comprobará, se ha prestado una atención recurrente a los problemas de la economía estadounidense provocados por la consolidación de una geografía económica del mundo muy distinta a la del siglo XX. La razón es triple. De un lado, la gravedad de estos, origen por más que indirecto de un proceso cuyo final, de momento, es el inesperado vuelco político de noviembre de 2016. De otro, el acuerdo con la constatación de que en muchos terrenos, quizá

en especial los negativos, los países avanzados no hacen sino poner delante de los menos desarrollados el espejo de su propio porvenir.

Pero, en tercer lugar, la frecuente referencia a Estados Unidos se debe a las enseñanzas a extraer del intenso debate en la primera potencia del siglo xx sobre las consecuencias de la transformación y cómo adaptarse a la misma de manera más eficiente y menos costosa socialmente. Lo cual, sin embargo y como es evidente, no ha impedido el triunfo de los defensores del aislamiento. Quizá porque se ha pretendido negar lo evidente: que junto a los aspectos positivos, la globalización, y más carente de todo tipo de regulación, tiene también consecuencias muy negativas sobre segmentos relevantes de la población.